

PASADO Y PRESENTE EN LA OBRA DE GABRIEL Y GALÁN

TERESIANO RODRÍGUEZ NÚÑEZ

El título sugerido para esta ‘mesa redonda’, así como la conferencia del profesor Antonio Salvador sobre las formas dialectales en Gabriel y Galán, me recordaron algunos hechos que, aun siendo puramente anecdóticos, pueden ser más ilustrativos que las palabras para constatar la permanencia de la obra de Gabriel y Galán en la memoria colectiva.

En la efervescencia de nacionalismos y lenguas que padecemos, me parece un esfuerzo no demasiado práctico el que algunos realizan aquí para defender ‘esa cosa’ que nunca he sabido bien lo que es, llamado ‘castúo’. Sí comprendo muy bien, sin embargo, que se hable de aspectos o matices dialectales, y que cobran su plena razón de ser cuando se estudia la obra de Gabriel y Galán, particularmente su libro de “Extremeñas”.

Gabriel y Galán trató de reflejar la peculiar forma de hablar en aquellos pueblos de la cuenca del Alagón con los que convivió media docena de años. Pero la simple lectura de estas composiciones permite constatar dos cosas. La primera es que Gabriel y Galán era ante todo ‘castellano’ –así se llama en esa zona norcacereña a los nacidos en la limítrofe provincia de Salamanca– de nacimiento y de formación, en tal grado, que media docena de años no bastaron para una “inmersión lingüística” plena en la particular forma dialectal de todo el norte cacereño. La segunda es que los conocimientos lingüísticos de nuestro poeta no debían ser muy amplios: él trata de reflejar la peculiar forma de hablar en la comarca en la que vive, y para ello, utilizando el sistema de escritura normal, castellano podríamos decir, distribuye haches y jotas en los sonidos aspirados según le parece, pone o quita esos finales como cree conveniente, igual

que juega con los cambios habituales de la e final por i y la o por u, tan corrientes en la zona. Habría necesitado echar mano de la transcripción fonética para reflejar con exactitud lo que oía.

Lo que digo no son reminiscencias de mis ya lejanos estudios de Filología. Son consecuencia de mi conocimiento de esa particular forma dialectal de nuestra lengua, que Gabriel y Galán refleja, y que si para muchos resulta extraña, era para mí la más natural del mundo, puesto que con ella aprendí a hablar, con ella me crié y seguí escuchándola durante muchos años, ya que era –con matices y variaciones locales– el modo en que se hablaba en los pueblos del norte de Cáceres, desde la Sierra de Gata a la Vera, pasando por las Hurdes, la cuenca del Alagón o el Valle del Ambroz. Una forma de castellano, bastante diferente en su pronunciación del que se utilizaba en Castilla, es decir, las provincias limítrofes de Salamanca y Ávila.

Comencé refiriéndome a algunos hechos anecdóticos ilustrativos. En la década de los cincuenta, yo estudiaba en Ciudad Rodrigo. Durante las vacaciones de verano, un par de amigos de Ciudad Rodrigo venían en ocasiones unos días a mi casa, en mi pueblo de Sierra de Gata, como otras veces yo iba a la suya. Pues bien, recién llegados al pueblo, apenas entendían a la gente del lugar que hablaban más “cerrado”; necesitaban dos o tres días hasta que se les hacía el oído a aquella forma dialectal. La diferencia entre ésta y el habla salmantina era manifiesta.

Recuerdo también que en 1955, el profesor de Literatura Española organizó una velada literaria con motivo del cincuentenario de la muerte de Gabriel y Galán. Hubo canciones folklóricas, alguna disertación sobre la vida y obra del poeta y recital de sus poesías. Las ‘extremeñas’ nos fueron adjudicadas a dos ‘serranos’ –así nos conocían a los procedentes de Sierra de Gata– porque éramos los únicos capaces de recitar aquellos poemas con una pronunciación ‘natural’, es decir, no forzada y ajustada a la forma dialectal que quiso reproducir el poeta. Recuerdo que Ceferino Martín, actual vicario general de la diócesis de Coria-Cáceres, nacido en Robledillo y cuya familia vivía en Descargamaría, recitó “El Cristu benditu” y el que les habla recitó “El embargo”.

Aquella forma dialectal hoy está casi desaparecida. Si hubiera que establecer una barrera temporal que marque la evolución lingüística de antes a la actual sería la década de los años sesenta. En ella irrumpe y se generaliza la televisión, que impone nuevos modos y modelos, también en el lenguaje. La televisión está actuando como factor igualitario, llevándose por delante costumbres y formas de vida. En lo que al lenguaje se refiere, cabría esperar que hubiera contribuido a mejorarlo y enriquecerlo:

al fin y al cabo, el pueblo arrastraba muchas expresiones incorrectas, muchos vulgarismos consecuencia de la incultura. Pienso, por ejemplo, en determinadas formas verbales. Pero junto a eso había un léxico riquísimo, expresiones vivas y atinadas, de una gran capacidad descriptiva. Todo eso se lo ha llevado por delante el nuevo lenguaje al uso, igualitario y alicorto, ¿políticamente correcto?, que acusa ignorancias graves, como la de bastantes políticos que inventan palabras porque desconocen las correctas que existen en castellano, o las barbaridades lingüísticas y semánticas que se oyen a los habituales del ‘famoseo’ que inundan las pantallas y a no pocos profesionales del medio.

Las gentes de estos pueblos norcacerreños, ajenos a sutilezas lingüísticas, se veían reflejados en aquella manera de decir de Gabriel y Galán. Porque lo importante para ellos no era cómo lo escribía el poeta, sino cómo lo leían y lo interpretaban ellos. Y allí estaban sus expresiones, sus palabras. Y estaban, sobre todo, sus sentimientos, sus penas y sus alegrías, sus vivencias, sus problemas de cada día.

Todo eso hizo que Gabriel y Galán llegara directamente al pueblo y que –como él mismo constatará ya en vida– sus poemas fueran aprendidos y transmitidos oralmente, como ha transmitido el pueblo la mayoría de sus conocimientos. Seguro que para muchos de nosotros, los primeros versos escuchados en nuestras casas y los primeros leídos en la escuela primaria de nuestros pueblos, fueron de Gabriel y Galán. Hoy, a pesar de tantas renovaciones pedagógicas, tanta ley de educación y tanto cambio, gracias a los cuáles hemos alcanzado unos altos niveles de incultura, al poeta del Guijo se le sigue recordando.

Hace un par de años, tratando de que las fiestas veraniegas del pueblo tuvieran algo más que “verbena amenizada por una gran orquesta”, que ni eso, se nos ocurrió organizar una “Semana de Cultura Popular”, tratando de ahondar en lo autóctono, aunque sin dar de lado a lo ajeno. Una de las jornadas la dedicamos a la poesía. Se trataba de un recital en el que, tras una biografía mínima de un poeta, alguien recitaba un poema del mismo. Allí fueron presentados Delgado Valhondo, Manuel Pacheco, Alvarez Lencero, Santiago Castelo... y así hasta diez, de lo más florido de nuestra poética del Siglo XX. También Gabriel y Galán, que por razones cronológicas fue el primero. Los recitadores eran gente de carrera o estudiantes universitarios. Pues bien, el recital fue un descubrimiento para recitadores y público: todo el mundo sabía algo de Gabriel y Galán y había leído o escuchado poemas suyos; de los demás –lo siento por los poetas– no tenían ni idea.

En la última edición de dicha semana, el verano pasado, anticipándonos a la celebración del centenario de la muerte del poeta, le dedicamos una jornada completa. Incluía una biografía amplia, una referencia sobre su obra, y una muestra de ocho poemas, seleccionados de Castellanas, Extremeñas y Religiosas. A la hora de la verdad, el que debía recitar “El embargo” se puso enfermo. Ningún problema: un emigrado, con actual residencia en Valladolid, le sustituyó sobre la marcha. De él supe que de vez en cuando, en el Hogar Extremeño de Valladolid, regala recitales de versos a sus paisanos. La base de su repertorio es Gabriel y Galán.

La obra poética del de Frades y avecindado en el Guijo es desigual, mejor o peor, lo que quiera cada uno. No voy a hacer comparaciones con los poetas extremeños que han venido después de él. Lo que sí creo es que ninguno ha alcanzado su popularidad, ni ha logrado llegar al alma y al conocimiento del pueblo como ha llegado él.